



neo



La
caricia
del
infierno

Jennifer L. Armentrout

Por la autora de la saga Lux

La caricia del infierno (SpanishArmentrout, Jennifer
Edition) L.

JENNIFER L. ARMENTROUT

La caricia del infierno

Traducción de Miguel Trujillo

Título original: *Stone Cold Touch*, publicado en inglés, en 2014,
por Harlequin Books S. A., Canadá.

Edición publicada con permiso de Harlequin Books S. A.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los
lugares y los eventos son producto de la imaginación de la
autora o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido
con personas reales, vivas o muertas, establecimientos
comerciales, eventos o lugares es una coincidencia.

Primera edición en esta colección: marzo de 2017

© 2014 by Jennifer L. Armentrout

© de la traducción, Miguel Trujillo, 2017

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2016

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17002-27-5

Realización de cubierta: Lola Rodríguez

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin
la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones
establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el
tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o

La caricia del infierno (SpanishArmentrout, Jennifer
Edition) L.

reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO
(www.cedro.org).

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Agradecimientos

Para aquellos que nunca dejan de creer,
que nunca dejan de intentarlo y que
nunca pierden la esperanza.

Capítulo uno

Diez segundos después de que la señora Cleo entrara sin prisa en clase de Biología, encendiera el proyector y apagara las luces, Bambi decidió que ya no se sentía cómoda donde se encontraba, enroscada alrededor de mi cintura.

Se deslizó por mi estómago. A la serpiente demoníaca tatuada, que era muy activa, no le hacía mucha gracia quedarse quieta durante demasiado tiempo, y menos todavía durante una aburrida lección sobre la cadena alimenticia. Me puse rígida, resistiendo la necesidad de romper a reír como una hiena mientras la criatura se colaba entre mis pechos y dejaba descansar su cabeza con forma de diamante sobre mi hombro.

Pasaron cinco segundos más mientras Stacey me miraba fijamente, levantando las cejas. Me obligué a dirigirle una tensa sonrisa, a sabiendas de que Bambi todavía no había terminado. Nop. Entonces sacó la lengua y me hizo cosquillas por un lateral del cuello.

Me tapé la boca con la mano para amortiguar una risita mientras me retorció en mi asiento.

—¿Te has drogado? —me preguntó Stacey en voz baja mientras se apartaba el espeso flequillo de los ojos oscu-

ros—. ¿O es que se me ha salido la teta izquierda para saludar al mundo? Porque eres mi mejor amiga, así que tienes la obligación de decírmelo.

Aunque sabía que su teta se encontraba dentro de su camiseta, o al menos eso esperaba, ya que su jersey tenía un cuello de pico muy pronunciado, bajé la mirada mientras me quitaba la mano de la boca.

—Tu teta está bien. Tan solo estoy... nerviosa.

Me miró arrugando la nariz antes de volver a dirigir su atención a la parte delantera del aula. Respiré hondo y recé para que Bambi se quedara donde estaba durante el resto de la clase. Con ella en mi piel, me sentía como si tuviera un tic muy fuerte. Retorcerme cada cinco segundos no iba a beneficiar a mi popularidad, o más bien mi falta de ella. Por suerte, ahora que el tiempo era mucho más frío y Acción de Gracias se acercaba con rapidez, podía llevar cuellos altos y mangas largas para ocultar de la vista a Bambi sin levantar sospechas.

Bueno, al menos mientras no decidiera trepar hasta mi cara, algo que le gustaba hacer siempre que Zayne se encontraba cerca. Era un Guardián verdaderamente guapo, miembro de una raza de criaturas que podían parecer humanos a voluntad, pero cuya verdadera forma era lo que los humanos llamaban gárgolas. Los Guardianes tenían la tarea de proteger a la humanidad cazando las cosas que acechaban por la noche... y por el día. Yo había crecido con Zayne y había desarrollado un encaprichamiento brutal por él durante años.

Bambi se movió y su cola me hizo cosquillas en el lateral del estómago.

No tenía ni idea de cómo Roth había sido capaz de aguantar que Bambi le trepara por todas partes.

Se me cortó el aliento cuando un pinchazo profundo e implacable me atravesó el pecho. Sin pensar, llevé la mano hasta el anillo con la piedra rajada que colgaba de mi cuello; el anillo que había contenido la sangre de mi madre, la mismísima Lilith. Sentir el frío metal entre los dedos resultaba calmante. No por el lazo familiar, ya que en realidad no quería tener ninguna clase de relación con mi madre, sino porque junto a Bambi era mi último y único enlace con As-taroth, el Príncipe Heredero del Infierno, que había hecho algo que era lo menos demoníaco posible.

«Me perdí por completo en el momento en que te encontré».

Roth se había sacrificado al ser él quien sujetaba a Paimón, el cabrón responsable de querer liberar una raza de demonios especialmente desagradable, en una trampa demoníaca diseñada para enviar a su prisionero al Infierno. Zayne había estado haciendo los honores de evitar que Paimón escapara, pero Roth... había ocupado el lugar de Zayne.

Y ahora estaba en los fosos de fuego.

Me incliné hacia delante y apoyé los codos en la fría mesa, sin tener la menor idea de lo que estaba diciendo la señora Cleo en su cháchara. Las lágrimas me quemaron el fondo de la garganta mientras miraba fijamente la silla vacía delante de mí que solía ocupar Roth. Cerré los ojos.

Dos semanas. Habían pasado más o menos trescientas treinta y seis horas desde aquella noche en el antiguo gimnasio, y ni un solo segundo había sido más fácil que el anterior. Dolía como si hubiera pasado una hora antes, y no

me parecía que un mes o incluso un año después las cosas fueran a ser diferentes.

Una de las cosas más difíciles eran todas las mentiras. Stacey y Sam me habían hecho cientos de preguntas cuando Roth no volvió después de la noche que encontramos *La Llave Menor de Salomón* (el antiguo libro que contenía las respuestas a todo lo que necesitábamos saber sobre mi madre) porque lo había atrapado Abbot (el líder del clan de Guardianes de Washington D. C., que me había adoptado cuando era una niña). Acabaron parando, pero seguía siendo otro secreto que les ocultaba a ellos, dos de mis amigos más cercanos.

A pesar de nuestra amistad, ninguno de los dos sabía lo que era yo: mitad Guardiania y mitad demonio. Y ninguno de los dos se había dado cuenta de que Roth no había tenido mononucleosis y ya está, ni que se había cambiado de instituto. Pero a veces era más fácil pensar en él de ese modo; decirme que tan solo se encontraba en otro instituto en lugar de en el lugar donde estaba en realidad.

El ardor avanzó hasta mi pecho, muy parecido a la lenta ebullición que siempre estaba presente en mis venas. La necesidad de tomar un alma, la maldición que había heredado de mi madre, no había disminuido lo más mínimo durante las últimas dos semanas. Si acaso, me daba la impresión de que había aumentado. La habilidad de quitarle el alma a cualquier criatura que la tuviera era la razón por la que nunca antes me había acercado a un chico.

No hasta que llegó Roth.

Dado que se trataba de un demonio, el inoportuno problema de las almas quedaba fuera de la ecuación, pues él no tenía. Y, a diferencia de Abbot y casi todo el clan de los

Guardianes, incluido Zayne, a Roth le había dado igual que yo fuera mestiza. Me había... me había aceptado tal como era.

Me froté los ojos con las palmas de las manos y me mordí el interior de la mejilla. Cuando encontré en el apartamento de Roth mi collar reparado y limpiado, el que Petr, un Guardián que había resultado ser mi medio hermano, había roto al atacarme, me aferré a la esperanza de que Roth no se encontrara en los fosos de fuego después de todo. De que tal vez hubiera escapado de algún modo, pero con cada día que pasaba esa esperanza había parpadeado como la luz de una vela en mitad de un huracán.

Creía más que nada en este mundo que si Roth hubiera podido volver a mí, lo habría hecho a esas alturas, y eso significaba...

Cuando noté una presión dolorosa en el pecho, abrí los ojos y solté con lentitud el aliento que había estado conteniendo. La clase parecía un poco borrosa a través de la neblina de las lágrimas sin derramar. Pestañee un par de veces mientras me desplomaba sobre el respaldo de mi asiento. Lo que había en la diapositiva del proyector no tenía ningún sentido. ¿Era algo sobre el ciclo de la vida? No, eso era en *El rey león*. Iba a suspender la asignatura. Supuse que al menos debería tratar de tomar apuntes, así que tomé el bolígrafo y...

En la parte delantera de la clase, las patas de metal de una silla arañaron el suelo, produciendo un fuerte chirrido. Un chico salió disparado de su silla, como si alguien le hubiera prendido fuego al asiento. Un débil resplandor amarillo lo rodeaba; su aura. Yo era la única que podía verla, pero chisporroteaba de forma errática, parpadeando. Ver el

aura de la gente, un reflejo de sus almas, no era nada nuevo para mí. Eran de toda clase de colores; a veces una mezcla de más de dos, pero nunca había visto una temblando de ese modo. Miré a mi alrededor y la mezcla de auras relució débilmente.

¿Qué demonios?

La mano de la señora Cleo se quedó paralizada sobre el proyector mientras fruncía el ceño.

–Dean McDaniel, ¿qué demonios estás...?

Dean giró sobre sus talones y miró a los dos chicos que estaban sentados detrás de él. Se encontraban reclinados en sus asientos, con los brazos cruzados y los labios curvados en idénticas sonrisas de suficiencia. La boca de Dean estaba apretada en una línea delgada, y tenía la cara ruborizada. Me quedé con la boca abierta cuando plantó una mano sobre el tablero blanco de la mesa y estampó el otro puño contra la mandíbula del chico que tenía detrás. El golpe carnoso resonó en el aula, seguido por varios jadeos de sorpresa.

¡Por todos los santos!

Me erguí en mi silla mientras Stacey ponía las manos de golpe sobre nuestra mesa.

–Qué cojones... –susurró, mirando con la boca abierta mientras el chico al que Dean le había pegado un puñetazo caía hacia la izquierda y golpeaba el suelo como un saco de patatas.

No conocía demasiado bien a Dean. Joder, ni siquiera estaba segura de haberle dicho más que un puñado de palabras durante mis cuatro años en el instituto, pero era tranquilo y corriente, alto y delgado, muy parecido a Sam.

Desde luego, jamás habría votado que fuera la clase de chico con más posibilidades de pegarle un buen puñetazo a otro, que encima era mucho más grande que él.

–¡Dean! –gritó la señora Cleo, cuyo abundante pecho se elevó mientras corría hacia la pared para encender las luces del techo–. ¿Qué estás...?

El otro chico se levantó rápido como una flecha y apretó las manos en unos puños grandes a sus costados.

–¿Qué coño te pasa? –Rodeó la mesa y se quitó la sudadera con cremallera–. ¿Te quieres llevar una buena?

Las cosas siempre se ponían chungas cuando la gente comenzaba a quitarse la ropa.

Dean soltó una risita mientras se dirigía hacia el pasillo entre las mesas. Las sillas chirriaron cuando los estudiantes se apartaron de su camino.

–Ah, desde luego que quiero.

–¡Pelea de chicos! –exclamó Stacey mientras escarbaba en su bolso y sacaba el móvil. Varios estudiantes más estaban haciendo lo mismo–. Por mi madre que tengo que grabar esto.

–¡Chicos! Parad ahora mismo. –La señora Cleo golpeó la pared con la mano, apretando el intercomunicador que conectaba directamente con la secretaria. Sonó un pitido y ella se volvió hacia él a toda prisa–. ¡Necesito al guardia de seguridad en el aula doscientos cuatro inmediatamente!

Dean se lanzó contra su oponente y lo derribó al suelo. Los brazos volaron mientras rodaban hasta las patas de una mesa cercana. Stacey y yo nos encontrábamos a salvo al fondo del aula, pero nos levantamos de todos modos. Un escalofrío me recorrió la piel cuando Bambi se movió sin aviso alguno y pasó la cola por encima de mi estómago.

Mi amiga se puso de puntillas y se estiró, pues al parecer necesitaba un ángulo mejor para su móvil.

–Esto es...

–¿Rarísimo? –sugerí, e hice una mueca cuando el chico lanzó un buen golpe que echó hacia atrás la cabeza de Dean.

Stacey me miró arqueando una ceja.

–Yo iba a decir «increíble».

–Pero se están...

Di un respingo cuando la puerta del aula se abrió de golpe y golpeó la pared.

Los guardias de seguridad irrumpieron dentro y se dirigieron directamente hacia la pelea. Un tío grandote rodeó a Dean con los brazos y lo apartó del otro estudiante mientras la señora Cleo revoloteaba por el aula como un colibrí nervioso, aferrándose al hortera collar de cuentas con ambas manos.

Un guardia de seguridad de mediana edad se arrodilló junto al chico que Dean había golpeado. Solo entonces me di cuenta de que no se había movido ni una vez desde que cayó al suelo. Sentí un cosquilleo de intranquilidad en las tripas que no tenía nada que ver con Bambi moviéndose otra vez mientras el guardia se inclinaba sobre el chico boca abajo y colocaba una mano cerca de su pecho.

El guardia se apartó de golpe y llevó la mano al micrófono que tenía en el hombro. Tenía la cara tan blanca como el papel de mi cuaderno.

–Necesito a un técnico de emergencias de inmediato. Tengo a un adolescente, de unos diecisiete o dieciocho años. Se le está formando un moratón visible a lo largo del cráneo. No respira.